

P A T R I A

Nació nuestra generación, cual naciera la de nuestros padres, en una España que había perdido la conciencia de sí misma. Los españoles, a fuerza de oír hablar del atraso de España, de lo adelantado y genial de otras naciones, y de comparar a éstas con la nuestra, se habían ya acostumbrado a situarse en una posición de inferioridad; a vivir en una nación que a pesar de tener un glorioso pasado, era ya incapaz de labrarse un mediano futuro. Por eso, desentendiéndose de todos aquellos ideales que requerían para abrazarlos una fuerza de voluntad incompatible con la abulia que les había sumido los siglos de nuestra decadencia, levantaban como único ideal digno de ser logrado su fórmula magnífica de "paz y siesta". Ante esa inconsciencia de la Patria, ante esa falta de ideal común, se llegó a las mayores aberraciones: a atacar contra la integridad de España, y lo que más aumenta la gravedad de este atentado es que fué revestido de formas legales por las clases directoras del país, demostrándonos, una vez más, que España no se hundía por defecto de su pueblo, sino por incapacidad y desidia de sus conductores. La polémica que alrededor del separatismo, y especialmente del llamado "problema catalán" se desarrolló en España, nos demuestra hasta dónde había llegado la concepción de Patria entre nuestros políticos y nuestros intelectuales. Por un lado, ésta estaba completamente olvidada bajo los intereses de las organizaciones internacionales, cual la Masonería o la III Internacional, o se supeditaba su existencia a un problema social que, planteado por los regímenes liberales, había sido desbordado de sus cauces naturales por las propagandas socialistas, comunistas y anarquistas.

No recibiendo los españoles una sólida educación política y patriótica, era verdaderamente poco el esfuerzo que se requería para que un hombre que vivía estrechamente de un salario, que no tenía nada propio, que se sentía aislado, sin protección ninguna, mientras algunos gozaban de todas las comodidades, se convenciera de que no formaba parte de ninguna comunidad, a no ser en la de los desposeídos; que nada le ataba a un interés nacional, y que la Patria —que había dado tanto a otros—, no era más que un mito que le exigía, con sus leyes, recta conducta que garantizaba a éstos la posesión de la riqueza. Ese estado de cosas fué aprovechado por las izquierdas para convertirse —enarbolando la bandera de la revolución social— en paladines de la clase obrera. Pero las izquierdas no nos hablaban jamás de la Patria, y si alguien nos habló de ella, en los días que precedieron a nuestro Movimiento, o entre los partidos que

combatieron a la Falange, fueron las derechas. Sin embargo la Patria de las derechas no es para apasionar a nuestra juventud, y mucho menos para aceptarla con nobleza de conciencia. Por una parte era el símbolo del orden, garantía de un estado de cosas existente; y por otra, no era más que una evocación sentimental de una grandeza pretérita.

Frente a todos se levantó la Falange a predicar la España exacta, y ya que hemos hablado del problema catalán y los separatismos, quiero hacer mención aquí de los discursos que, frente a un Parlamento inconsciente, pronunció José Antonio en las discusiones que siguieran a la revolución abortada de octubre, y en las del estatuto del País Vasco. Empieza la Falange venciendo la abulia a que antes nos hemos referido y formula su fé absoluta e indiscutible base y fundamento de toda su acción política en la Patria española: "Creemos en la suprema realidad de España", nos dice en su punto primero; es decir, la Patria no tan sólo deja de ser un mito, sino que es una realidad digna de nuestra más firme creencia, y al concretarse esta Patria en España, la realidad se hace más tangible y la sentimos, la conocemos y la queremos. Sin embargo, el amor que a la Patria profesamos no es un amor de contemplación, es un amor activo, de ansias de perfección: "Queremos a España porque no nos gusta", decía José Antonio, y con la inquietud constante de hacerla cada día mejor es como debemos querer a España. Luego, la Patria que requiere la armonía de todo ser físico, moral e intelectual, ha de tener una Unidad. Y esa Unidad la proclama también la Falange. Y por encima de la Unidad indestructible de España y de nuestra fe en ella, flota una sensata e inequívoca concepción de Patria. La Patria es, sobre todo, un producto histórico. Un pueblo llega a formar Patria y a adquirir esa categoría, cuando sus hombres se sienten unidos por el mismo pasado y sobre todo por las mismas inquietudes presentes y futuras; por la idéntica misión colectiva a realizar, por el mismo destino histórico. Por eso nos dice que la Patria es una Unidad de Destino en lo universal. Es algo superior a la raza, a la lengua, al territorio y a las costumbres. Precisamente España se caracteriza por ser un conjunto y una diversidad de pueblos, de razas, de lenguas y de costumbres. Y si algún día dejara de ser así, dejaría también de ser España.

Misión primordial del Estado ha de ser el mantenimiento vivo en todo momento del sentimiento de la Patria y, a su sombra, crear una verdadera comunidad nacional. Eso nos lleva a la idea de Justicia que trataremos más adelante, pero que por el momento nos habla de la necesidad ineludible

(Continúa en la pág. 10)